

PARTE SEGUNDA

EL CUERPO DE PAJES

1

La tan anhelada ambición de mi padre se realizó al fin: había una vacante en el cuerpo de pajes, que yo podía llenar antes de cumplir la edad en que queda cerrada la admisión, y me llevaron á San Petersburgo é ingresé en el colegio. Sólo ciento cincuenta niños, en su mayoría hijos de la nobleza de la corte, recibían educación en este cuerpo privilegiado, en el que se hallaba combinado el carácter de una escuela militar, á la que se habían otorgado derechos especiales, y el de una institución cortesana agregada á la casa imperial. Después de haber pasado cuatro ó cinco años en el cuerpo de pajes, los que habían sufrido el examen final eran recibidos como oficiales en cualquier regimiento de la guardia ó de otra arma cualquiera, sin tener para nada en cuenta el número de las vacantes que pudiera haber en los mismos; y todos los años, los primeros dieciséis alumnos más distinguidos eran nombrados *pajes de cámara*; esto es, estaban

personalmente agregados á los varios miembros de la familia imperial: el emperador, la emperatriz, las grandes duquesas y los grandes duques. Lo que, por supuesto, se consideraba un gran honor, y, además, los jóvenes en quienes recaía, se daban á conocer en la corte y tenían después muchas probabilidades de ser nombrados ayudantes de campo del emperador ó de alguno de los grandes duques, y, por consiguiente, contaban con grandes facilidades para hacer una brillante carrera al servicio del Estado. Los padres de las familias relacionadas con la corte cuidaban mucho, por tal motivo, de que sus hijos no dejaran de entrar en el cuerpo de pajes, aun cuando para ello hubiera que saltar por encima de otros candidatos que jamás veían llegar su turno. Ahora que yo estaba ya en ese cuerpo escogido, mi padre podía dar rienda suelta á sus sueños é ilusiones.

Dicho cuerpo estaba dividido en cinco clases, de las que la superior era la primera y la inferior la quinta; se trató de que yo entrara en la cuarta; pero como resultó del examen que no me encontraba muy fuerte en la cuestión de decimales, y la clase referida contenía aquel año más de cuarenta alumnos, en tanto que sólo veinte se habían matriculado para la quinta, ingresé en esta última.

Esto me disgustó sobremanera. Después de haber entrado con repugnancia en una escuela

militar, ahora resultaba que tendría que permanecer en ella cinco años en vez de cuatro. ¿Qué había yo de hacer en aquella clase, cuando ya sabía lo que en ella se enseñaba? Con lágrimas en los ojos le hablé al director, pero éste me contestó en tono humorístico: «Ya sabéis lo que dijo César; vale más ser el primero del pueblo, que el segundo de Roma». A lo que contesté con viveza, que me conformaría con ser el último de todos, con tal de poder dejar la escuela militar lo antes posible. «Tal vez os guste pasado algún tiempo»—me dijo—; y desde aquel día me trató con afabilidad.

Al maestro de aritmética, que también trató de consolarme, le dí mi palabra de honor de que jamás fijaría la vista en su libro de texto; y, sin embargo, tendréis que aprobarme con nota de primera—agregué.—Cumplí lo prometido; pero cuando pienso en estas escenas, comprendo que el discípulo no era de un carácter muy dócil.

Y, sin embargo, cuando vuelvo la vista hacia ese pasado tan remoto, no puedo por menos de congratularme por lo sucedido; pues no habiendo tenido en el primer año más que hacer que repetir lo que ya sabía, adquirí la costumbre de aprender mis lecciones con sólo atender á las explicaciones del maestro; y una vez terminada la clase, tenía bastante tiempo para leer y escribir á mi gusto. Jamás me preparaba para los exámenes, y el tiempo que á tal objeto con-

cedían, solía emplearlo en leer en alta voz á algunos amigos, dramas de Shakespeare ó de Ostrausky. Estando también mejor preparado al llegar á las clases superiores, para dominar las distintas materias que teníamos que estudiar. Además, pasé más de la mitad del primer invierno en la enfermería, pues, como todos los jóvenes que no han nacido en San Petersburgo, tuve que pagar un pesado tributo á «la capital de las lagunas de Finlandia», bajo la forma de varios ataques de cólera local, y, finalmente, uno de fiebre tifoidea.

* * *

Cuando ingresé en el cuerpo de pajes, su organización sufría un cambio profundo: la Rusia entera se despertaba entonces del pesado sueño y la terrible pesadilla del reinado de Nicolás I, y nuestro colegio sintió también los efectos de ese renacimiento. Verdaderamente, no sé lo que hubiera sido de mí si hubiera entrado en el cuerpo uno ó dos años antes. O mi carácter se hubiera modificado por completo, ó me hubiesen expulsado de la escuela en condiciones que no es posible calcular. Afortunadamente, el periodo de transición se hallaba en todo su apogeo en el año 1857.

El director del cuerpo era un anciano excelente, el general Zheltukhin, pero su cargo era puramente nominal; el verdadero jefe de la es-

cuela era «el coronel». El coronel Girardot, un francés al servicio de Rusia. Las gentes decían que era un jesuita, y así debía ser, según creo: sus procederes, al menos, estaban en armonía con las doctrinas de Loyola, y sus sistemas de educación eran los de los colegios de jesuitas franceses.

Imagináos un hombre pequeño y extremadamente delgado, con ojos oscuros y penetrantes y mirada furtiva, usando un bigote recortado, que le daba el parecido de un gato; era suave y firme al mismo tiempo; no de una notable inteligencia, pero sí muy astuto; un déspota por temperamento, capaz de odiar, de una manera intensa, al alumno que no se sometiera á su fascinación, y de expresar ese sentimiento, no por medio de ridículas persecuciones, sino constantemente, por su conducta en general; por una palabra, soltada al parecer al acaso, un gesto, una sonrisa, ó una interjección. Al andar parecía que se deslizaba, y las miradas exploradoras que acostumbraba á lanzar á su alrededor sin mover la cabeza completaban la ilusión. En sus labios se hallaba siempre impreso un sello de gravedad fría, aun en los momentos que procuraba aparecer todo lo más afable posible; expresión que se marcaba más aún cuando se veía su boca contraída por una sonrisa de disgusto ó de desprecio. Nada de esto le daba el aspecto de un jefe: á primera vista, cualquiera lo hubiera

tomado por un padre bondadoso que hablaba á sus hijos pequeños como si ya fueran adultos; pero pronto se echaba de ver que todos y todo tenía que inclinarse ante su voluntad. Desgraciado del muchacho que no se considerara contento ó disgustado, según los grados de buena ó mala voluntad que el coronel le hubiera demostrado.

Las palabras «el coronel» se encontraban continuamente en todos los labios: á otros oficiales se les conocía por sus motes; pero nadie se atrevió á ponerle ninguno á Girardot. Le rodeaba una especie de misterio, como si fuera omnisciente y se hallara presente en todas partes. Verdad es que pasaba el día y parte de la noche en la escuela: hasta cuando estábamos en clase lo recorría todo, registrando nuestras carpetas, que abría con sus mismas llaves. En cuanto á la noche, una buena parte de ella la empleaba en escribir en pequeños libros, de los que tenía una buena colección, en columnas separadas, con signos especiales y en tintas de diferentes colores, todas las faltas y buenas cualidades de cada uno.

Los juegos, las bromas y las conversaciones se suspendían desde el momento que lo veíamos avanzando lentamente á través de nuestros espaciosos salones, acompañado de alguno de sus favoritos, y balanceándose de delante atrás y viceversa; sonriendo á uno, mirando con ter-

nura á otro, lanzando una mirada indiferente sobre un tercero, y contrayendo ligeramente el labio al pasar ante el cuarto: lo cual quería decir, que le agradaba el primero, que el segundo le era indiferente y mucho más el tercero, y que el cuarto le disgustaba. Esto último bastaba para aterrar á la mayoría de sus víctimas, con tanto más motivo, cuanto que no había razón alguna que lo justificara. Algunos jóvenes impresionables eran presa de desesperación, por esa aversión muda y constantemente manifiesta, y esas sospechosas miradas; en otros, el resultado ha sido un total aniquilamiento de la voluntad, como uno de los Tolstoï, Teodoro, alumno también de Girardot, ha mostrado en una novela autobiográfica, titulada *Los Padecimientos de la Voluntad*.

*
* *

La vida interna en este colegio era bien triste bajo la férula del coronel: en todas las escuelas los «novatos» son objeto de bromas más ó menos ligeras. Se trata de poner á prueba al recién venido; saber hasta dónde llega su valor, y si conservará la dignidad y la energía. Además, los antiguos quieren hacer ver á los nuevos la superioridad de un bien establecido compañerismo. Tal sucede en todos los colegios y prisiones: pero bajo el dominio de Girardot estas persecuciones tomaban un aspecto más violento, y

procedían, no de los compañeros de la misma clase, sino de los de la primera; de los pajes de cámara, que no eran oficiales en comisión, y á quienes aquél había colocado en una posición superior, completamente excepcional. Su sistema era darles carta blanca; hacerse el desentendido, hasta de los horrores que cometían á cada momento, y mantener por medio de ellos una severa disciplina. El contestar á un golpe recibido de un paje de cámara, hubiera bastado en tiempo de Nicolás I para ser enviado á un batallón de hijos de soldados, como el caso se hubiese hecho público; y el rebelarse, de cualquier modo, contra un mero capricho de uno de aquéllos, motivo fuera suficiente para que los veinte que formaban la clase, armados con sus pesadas reglas de roble, se reunieran en un local cualquiera y, con la tácita aprobación de Girardot, administraran una soberbia paliza al que hubiera mostrado semejante espíritu de insubordinación.

De este modo, la primera clase se despachaba á su gusto, y todavía el invierno anterior uno de sus juegos favoritos consistía en reunir á los «novatos» por la noche, con sólo la camisa de dormir, y hacerlos correr como los caballos en el circo, mientras que ellos, armados de grandes fustas de goma elástica, unos en el centro y otros por fuera de la pista, los azotaban sin piedad. Por regla general, el «circo» terminaba de un

modo oriental, en una forma abominable. El concepto de la moral que prevalecía en aquel tiempo y lo que á veces se decía en la escuela respecto á lo que ocurría de noche después del circo, eran de tal índole, que mientras menos se hable de ello tanto mejor.

El coronel sabía todo esto: tenía organizado un perfecto sistema de espionaje y nada pasaba para él inadvertido; pero mientras no se supiera oficialmente que lo sabía, todo marchaba bien. El cerrar los ojos ante todo lo que hacía la clase primera era la base de su sistema de mantener la disciplina.

Sin embargo, un nuevo espíritu empezaba á despertarse en la escuela, y pocos meses antes de mi ingreso había tenido lugar una revolución. Aquel año, la clase tercera era diferente á lo que había sido hasta entonces: contenía un buen número de jóvenes, que realmente estudiaban y leían mucho, algunos de los cuales vinieron á ser más tarde hombres distinguidos. Mi primer conocimiento con uno de ellos, á quien llamaré von Schauff, fué cuando él leía la *Critica de la Razón Pura*, de Kant: además, se hallaban en dicha clase algunos de los alumnos más robustos y fuertes de la escuela; en ella se encontraba el más alto de todos, así como otro de mucha fuerza, Koshtoff, gran amigo de von Schauff. Estos no toleraban las bromas de los pajes de cámara con la misma docilidad que sus

predecesores; les disgustaba mucho lo que ocurría, y á causa de un incidente, que preferí no describir, se vinieron á las manos las dos clases, resultando que los de la primera recibieron una dura lección de parte de sus subordinados. Girardot le echó tierra al asunto; pero la fuerza moral de los pajes de cámara quedó quebrantada. Se conservaron las fustas de goma, pero no se volvió á hacer uso de ellas: las circolerías y otras cosas por el estilo, quedaron relegadas al pasado.

Hasta ahí se había ganado; pero la última de las clases, la quinta, compuesta casi exclusivamente de muchachos muy jóvenes que acababan de ingresar en el colegio, se veía forzada á obedecer aún á las exigencias y caprichos de la primera. Teníamos un hermoso jardín, poblado de corpulentos árboles; pero los alumnos de la quinta lo podían disfrutar poco: se les obligaba á pasearse por fuera, en tanto que los de la primera, sentados en él, pasaban allí el rato conversando; ó á recoger las pelotas, cuando esos caballeros jugaban. Dos días después de mi entrada en la escuela, viendo lo que pasaba en el jardín, no bajé á él y permanecí arriba. Leyendo estaba yo, cuando un paje de cámara, con cabello rojo y la cara cubierta de pecas, vino á ordenarme que bajara en el acto al jardín y fuera á pasearme con los demás. «No quiero; ¡no veis que estoy leyendo!»—fué mi contestación.

La ira desfiguró su fisonomía, de suyo bien poco simpática. Trató de saltar sobre mi, pero me coloqué á la defensiva; procuró darme en la cara con la gorra y yo sorteé los golpes lo mejor que pude. Entonces arrojó su gorra al suelo y me dijo: —Recógela. —Recógela tú—, le contesté.

En la escuela no se tenía idea de un acto de desobediencia semejante. El era mucho mayor y más fuerte que yo: por qué no me pegó brutalmente en el acto, no lo sé.

El día después y los siguientes recibí órdenes parecidas; pero obstinadamente me empeñé en no bajar. Entonces empezó una serie de pequeñas y ruines persecuciones por lo más mínimo, capaces de desesperar á cualquiera; pero, afortunadamente, yo me hallaba siempre dispuesto á dar á todo un carácter jovial, y les contestaba con bromas, ó no les hacía caso.

El cambio de tiempo hizo que todo esto variara: empezaron las lluvias y apenas se podía salir. En el jardín, los de la primera fumaban con entera libertad, y en el interior del colegio el club de los fumadores era «la torre», local que estaba siempre limpio con esmero, y en el cual había constantemente fuego encendido. Los pajes de cámara castigaban con severidad al que cogían fumando; pero ellos no dejaban de hacerlo, mientras que estaban sentados y charlando al lado de la lumbre. Su hora favorita de fu-

mar era después de las diez de la noche, cuando se suponía que se habían todos acostado, permaneciendo en su club hasta las once y media; y para ponerse al abrigo de una sorpresa de Girardot, ordenaban á los de la quinta que vigilaran. Los niños de ésta tenían que alternar en dicho servicio de dos en dos, paseándose cerca de la escalera hasta la hora referida, para dar aviso si se aproximaba el coronel.

Al fin, decidimos poner un término á semejante abuso; las discusiones fueron largas y se consultó á las demás clases respecto á lo que había de hacerse, las cuales contestaron, después de pensarlo, lo siguiente: «Negáos todos á hacer ese servicio, y cuando os empiecen á pegar, cosa que haran de fijo, marchad todos los que podáis, en masa, y llamad á Girardot. El ya lo sabe de antemano; pero así se verá obligado á suspenderlo». La cuestión de si eso no sería «un soplo» fué resuelta en la negativa por los expertos en asuntos de honor: los pajes de cámara, al no tratar á los otros como compañeros, no tenían derecho á ser mirados como tales.

El turno de la vigilancia tocó aquella noche á Shahouskoy, uno de los antiguos, y á Selanoff, un recién entrado, niño extremadamente tímido que hasta tenía afeminada la voz. Llamaron al primero, y, al ver que se negaba, lo dejaron y acudieron al segundo, que estaba acostado, y viendo que rehusaba también, empezaron á azo-

tarlo brutalmente con gruesos tirantes de cuero. Entonces Shahouskoy despertó á varios compañeros de los que se hallaban más próximos, y todos corrieron en busca de Girardot.

También estaba yo en la cama, cuando los dos vinieron á mi, ordenándome que fuera á vigilar; y como rehusara, cogieron un par de tirantes (acostumbrábamos á tener colocada la ropa ordenadamente en un banco, con los tirantes encima de todo y la corbata cruzada sobre ellos) y comenzaron á pegarme. Sentado en la cama, sorteaba los golpes con las manos, y ya había recibido bastantes, y bien fuertes, cuando se oyó una voz que dijo: «¡El coronel llama á los de la primera!» Los verdugos se contuvieron en el acto, arreglaron sus ropas precipitadamente y me dijeron en voz baja: «Ni una palabra», á lo cual yo sólo contesté: «La corbata sobre todo, en buen orden», mientras que las manos y brazos me echaban fuego á causa de los golpes mencionados.

Lo que hablara Girardot con los de la primera no pudimos saberlo; pero al día siguiente, cuando estábamos formados, antes de bajar al comedor, nos dirigió la palabra con melifluido acento, manifestando que era muy sensible que los pajes de cámara hubieran atropellado de ese modo á un alumno que tenía la razón de su parte. ¿Y á quién? A uno de nuevo ingreso y de carácter tímido como Sellinoff. Este discurso jesuítico disgustó á toda la escuela.

Inútil es decir que aquel abuso terminó, como igualmente las impertinencias de que eran objeto los novatos, que no volvieron á repetirse más.

También fué indudablemente aquello un golpe mortal para la autoridad de Girardot, quien lo sintió muy vivamente. Miraba nuestra clase, y á mí sobre todo, con gran prevención (le habian dado cuenta del asunto de la vigilancia), y no perdía oportunidad de darlo á conocer.

Durante el primer invierno estuve con frecuencia en la enfermería. Después de haber pasado una fiebre tifoidea, durante la cual el director y el médico se tomaron por mí un interés verdaderamente paternal, tuve repetidos y fuertes ataques gástricos. Y como Girardot, al hacer su visita diaria al referido local, me veía allí con tanta frecuencia, empezó á decirme todas las mañanas, medio en broma, en francés: «He aquí un joven que está tan saludable como el Puente Nuevo, y se pasa el tiempo en la enfermería.» Una ó dos veces le contesté en el mismo tono; pero, al fin, considerando de mal gusto esta constante repetición, perdí la paciencia y me incomodé.

—¿Cómo os atrevéis á decir eso?—exclamé—; le diré al doctor que os prohíba lo entrada en esta habitación, y otras cosas por el estilo.

Girardot retrocedió dos pasos; sus ojos oscuros brillaron, y sus delgados labios parecieron

afinarse más todavía. Al fin, dijo: —Os he ofendido; ¿no es verdad? Bien; en el patio tenemos dos cañones de artillería: ¿sería bueno que nos batiéramos?

—No doy bromas, y os advierto que no estoy dispuesto á recibir las—le contesté.

El se calló; pero en lo sucesivo me miró aún con mayor prevención que antes.

Todos lo notaron, y se ocuparon en sus conversaciones de ello; pero yo no le di importancia, y tal vez la aumenté con mi indiferencia.

Durante dieciocho meses cumplidos rehusó darme la charretera, que generalmente se concedía á todos los recién llegados después de un mes ó dos de residencia en el colegio, cuando se suponía habian aprendido en parte los rudimentos de la instrucción militar; pero á mí, tal cosa me tenia sin cuidado. Al fin, un oficial, que era el mejor instructor del colegio, y que puede decirse estaba enamorado del ejercicio, me tornó por su cuenta, y cuando me vió hacer todos los movimientos á su entera satisfacción, lo puso en conocimiento de Girardot, quien, á pesar de haberse repetido esto más de una vez, no hacia caso; lo que dió lugar á que el oficial considerara el asunto como una ofensa personal. Y cuando una vez el director del Cuerpo le preguntó por qué no tenia yo todavía la charretera, le contestó lisa y llanamente: «El muchacho está bien; el coronel es quien no quiere.» A consecuencia de

lo cual, probablemente después de algunas observaciones del director, el mismo Girardot pidió examinarme otra vez, y me dió la charretera aquel mismo día.

Pero la influencia del coronel se iba rápidamente desvaneciendo; el carácter todo de la escuela cambiaba. Durante veinte años, Girardot había conseguido ver realizado su ideal, que era el de tener á los alumnos bien peinados, con el cabello rizado y de afeminado aspecto, mandando á la corte pajes tan refinados como los cortesanos de Luis XIV. Si aprendían ó no, le importaba poco; sus predilectos eran los que tenían las maletas más llenas de toda clase de cepillos de uñas y tarros de esencias, cuyo uniforme de paseo (que podíamos usar cuando íbamos á casa los domingos) era del mejor corte, y sabían hacer el más elegante *salut oblique*. Anteriormente, cuando Girardot hacía ensayos de ceremonias cortesanas, envolviendo á un paje en una manta de algodón con listas encarnadas, tomada de una de nuestras camas, con objeto de que representase á la emperatriz en un *baisemain*, los alumnos se aproximaban muy respetuosamente á la supuesta emperatriz, ejecutaban con formalidad la ceremonia de besar la mano, y se retiraban con un elegantísimo saludo oblicuo; mientras que ahora, aunque en la corte se conducían siempre con elegancia, en los ensayos hacían unos saludos tan ridículos, que todos reventaban de risa,

al mismo tiempo que Girardot rabiaba de coraje. Antes, los alumnos jóvenes que habían asistido á una recepción oficial, y se rizaban el cabello con tal objeto, procuraban conservar este adorno todo el tiempo posible; pero en la actualidad apenas volvían de palacio, corrían á poner la cabeza bajo el grifo de agua fría para desbaratarse el peinado; pues toda apariencia afeminada era siempre mirada con desprecio. El ser enviado á una recepción y permanecer allí como un objeto decorativo, era considerado ahora más bien como una molestia que como un favor. Y cuando los menores, que iban algunas veces á palacio á jugar con los pequeños grandes duques, contaban que cuando uno de éstos hizo un látigo de su pañuelo, en uno de los juegos, y se sirvió de él á discreción, uno de los nuestros hizo lo mismo, y tanto le pegó al gran duque, que éste concluyó por llorar, Girardot se quedaba horrorizado, en tanto que el antiguo almirante de Sebastopol, que era tutor del gran duque, elogiaba á nuestro compañero.

Un nuevo espíritu de amor al estudio y de formalidad se desarrolló en el Cuerpo, como en todas las demás escuelas. En años anteriores, teniendo los pajes la seguridad de que de un modo ó de otro pasarían los exámenes para obtener sus nombramientos de oficiales de la guardia, dejaban transcurrir los primeros años de la escuela casi sin aprender nada, y sólo empezaban á es-

tudiar más ó menos en las dos últimas clases; ahora, en cambio, las clases inferiores trabajaban con provecho. El estado moral vino á ser también muy distinto de lo que había sido algunos años antes; los entretenimientos orientales eran mirados con repugnancia, y una ó dos veces que se pretendió volver á lo pasado, produjeron escándalos que llegaron hasta los salones de San Petersburgo. Girardot fué despedido; sólo se le permitió conservar su departamento de soltero en el edificio del Cuerpo; y después lo veíamos á menudo, envuelto en su larga capa militar, paseándose solo y sumido en profundas meditaciones; entristecido, supongo, no pudiendo por menos de condenar el nuevo espíritu que rápidamente se apoderaba del cuerpo de pajes.

II

En toda Rusia la gente no hablaba más que de instrucción; tan pronto como se concertó la paz en París, y la severidad de la censura se relajó un poco, todo lo referente á la educación fué objeto de vivas discusiones. La ignorancia de las masas; los obstáculos con que habían tropezado los amantes de la instrucción; la falta de escuelas en los distritos rurales; lo anticuado de los sistemas de enseñanza y medios de remediar estos males, vinieron á ser los temas favoritos de discusión en los círculos de las personas cultas, en

la prensa, y aun en los salones de la aristocracia. La primera escuela superior para las jóvenes se abrió en 1857, con un plan de estudios excelente y con claustro de profesores brillante. Como por arte mágico, aparecieron muchas personas de ambos sexos, quienes, no sólo se habían dedicado por entero á la educación, sino que asimismo demostraron ser pedagogos notablemente prácticos; sus obras ocuparían un puesto de honor entre la literatura de cualquier país civilizado, si fueran conocidas en el exterior.

El Cuerpo de pajes sintió también los efectos de ese renacimiento: con raras excepciones, la tendencia general de las tres clases inferiores era el estudio. El jefe del departamento de educación, el inspector Winkler, que era un coronel de artillería muy instruido, buen matemático y hombre de ideas progresivas, inauguró un excelente plan para estimular esa tendencia. En vez de los medianos maestros que anteriormente acostumbraban á dar cátedra en las clases inferiores, procuró hacerse de profesores de primera; en su opinión, mientras más jóvenes fueran los discípulos, mayor debía ser el talento del instructor. Así que, para la cátedra de álgebra elemental de la clase cuarta, invitó á un matemático de primera fuerza y profesor por temperamento, el capitán Sukhónin, y la clase entera se dedicó con entusiasmo á las matemáticas. Ocurrió, dicho sea de paso, que el referido capitán era también tutor del